

Clarice Lispector

Aprendiendo a vivir
y otras crónicas

Traducción del portugués de
Elena Losada

 Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

Nota previa

Las crónicas de Clarice Lispector recogidas en este volumen fueron publicadas en el *Jornal do Brasil* de Río de Janeiro entre septiembre de 1967 y diciembre de 1973. Para sus textos periódicos Clarice Lispector utilizaba frecuentemente materiales procedentes de su obra narrativa o variantes de otras crónicas. Se indica en nota a pie de página cuando se encuentran en este mismo volumen dos variantes del mismo texto. Un asterisco después del título identifica los textos que aparecen con variantes más o menos significativas en *Para no olvidar*.

ELENA LOSADA

Baños de mar

Mi padre creía que cada año había que hacer una cura de baños de mar. Y nunca fui tan feliz como en aquellas temporadas de baños en Olinda, Recife.

Mi padre también creía que el baño de mar saludable era el que se tomaba antes de la salida del sol. ¿Cómo explicar lo que yo sentía como un regalo inaudito, salir de casa de madrugada y coger el tranvía vacío que nos llevaría a Olinda todavía en la oscuridad?

Por la noche me acostaba, pero el corazón se mantenía despierto, expectante. Y de puro alborozo me despertaba a las cuatro y pico de la madrugada y despertaba al resto de la familia. Nos vestíamos de prisa y salíamos en ayunas. Porque mi padre creía que tenía que ser así: en ayunas.

Salíamos a la calle oscura, recibiendo la brisa que precedía a la madrugada. Y esperábamos el tranvía. Hasta que a lo lejos oíamos su ruido acercándose. Yo me sentaba en el extremo de un asiento, y empezaba mi felicidad. Atravesar la ciudad oscura me daba algo que nunca volvería a tener. En el mismo tranvía el día clareaba y una luz trémula de sol escondido nos bañaba y bañaba el mundo.

Yo lo miraba todo: la escasa gente en la calle, el paso por el campo con sus animales: «¡Mira, un cerdo de verdad!», grité una vez, y la frase deslumbrada se convirtió en una de las bromas de mi familia, que de vez en cuando me decía riendo: «Mira, un cerdo de verdad».

Pasábamos junto a hermosos caballos que esperaban de pie el amanecer. No conozco la infancia de los otros. Pero ese viaje diario hacía de mí una niña llena de alegría. Y me sirvió como una promesa de felicidad para el futuro. Mi capacidad para ser feliz se revelaba. Yo me aferraba, dentro de una infancia muy infeliz, a esa isla encantada que era el viaje diario.

En el mismo tranvía empezaba a amanecer. Mi corazón latía con fuerza al acercarnos a Olinda. Al final saltábamos e íbamos andando hacia las cabinas, pisando un terreno que ya era de arena mezclada con plantas. Nos cambiábamos de ropa en las cabinas. Y nunca un cuerpo floreció tanto como el mío cuando salía de la cabina sabiendo lo que me esperaba.

El mar de Olinda era muy peligroso. Dábamos algunos pasos en un fondo plano y de repente caíamos en una sima de dos metros, calculo.

Otras personas también tenían fe en los baños al amanecer. Había un socorrista que, por una miseria, acompañaba a las señoras al baño: abría los dos brazos y las señoras, una en cada brazo, se agarraban a él para luchar contra las fortísimas olas del mar.

El olor a mar me invadía y me embriagaba. Las algas flotaban. Oh, ya sé que no llego a transmitir lo que de vida pura comportaban esos baños en ayunas, con el sol levantándose todavía pálido en el horizonte. Ya sé que estoy tan emocionada que no consigo escribir. El mar de Olinda tenía mucho yodo y era muy salado. Y yo hacía lo que siempre hice después: sumergía las manos como un cuenco en las aguas y acercaba un poco de mar a mi boca: yo bebía diariamente el mar, hasta tal punto quería unirme a él.

No estábamos mucho. El sol ya había salido del todo y mi padre tenía que trabajar temprano. Nos cambiábamos de ropa y la ropa quedaba impregnada de sal. El pelo salado se me pegaba a la cabeza.

Entonces esperábamos, expuestos al viento, la llegada del tranvía de Recife. En el tranvía la brisa secaba mi pelo, duro de sal. A veces lamía mi brazo para sentir la capa de sal y de yodo.

Llegábamos a casa y solo entonces desayunábamos. Y cuando recordaba que al día siguiente el mar se repetiría para mí, me ponía seria de tanta ventura y aventura.

Mi padre creía que no se debía tomar enseguida un baño de agua dulce: el mar debía permanecer en nuestra piel durante algunas horas. Solo contra mi voluntad tomaba una ducha que me dejaba limpia y sin mar.

¿A quién tengo que pedir que en mi vida se repita la felicidad? ¿Cómo sentir con la frescura de la inocencia el sol rojo saliendo del mar? ¿Nunca más?

Nunca más.

Nunca.

Restos de carnaval

No, no de este último carnaval. Pero no sé por qué este me ha transportado a mi infancia y a los miércoles de ceniza en las calles muertas donde volaban restos de serpentina y de confeti. Alguna beata con mantilla iba a la iglesia, cruzando esa calle tan extremadamente vacía que queda después del carnaval. Hasta el año siguiente. Y cuando la fiesta se acercaba, ¿cómo explicar esa agitación íntima que se apoderaba de mí? Como si por fin, del botón que era, el mundo se abriese en una gran rosa escarlata. Como si las calles y plazas de Recife por fin explicasen para qué habían sido hechas. Como si las voces humanas cantasen por fin la capacidad de placer que se escondía en mí. El carnaval era mío, mío.

Pero, en realidad, participaba muy poco en él. Nunca había ido a un baile infantil, nunca me había disfrazado. En compensación me dejaban quedarme hasta las 11 de la noche a la puerta del entresuelo donde vivíamos, mirando ávida como los otros se divertían. Entonces conseguía dos cosas preciosas y las ahorraaba con avaricia para que durasen los tres días: un lanzador de perfume y una bolsa de confeti. Ah, se está haciendo difícil escribir. Porque siento que mi corazón se entristecerá al constatar que incluso uniéndome tan poco a la alegría estaba tan sedienta que algo tan pequeño hacía de mí una niña feliz.

¿Y las máscaras? Me daban miedo, pero era un miedo vital y necesario porque confirmaba mi más profunda sospecha de que el rostro humano también era una especie de máscara. A la puerta de mi casa, si un enmascarado hablaba conmigo yo entraba de repente en ese contacto indispensable con mi mundo interior, que no estaba hecho solo de duendes y de príncipes encantados, sino de personas con su misterio. Hasta mi miedo a los enmascarados era, pues, esencial para mí.

No me disfrazaban. En medio de la preocupación por mi madre enferma nadie en casa tenía en la cabeza el carnaval de la niña. Pero yo pedía a una de mis hermanas que me pusiese rulos en aquel pelo liso mío que me daba tantos disgustos y sentía entonces la vanidad de tener el pelo rizado por lo menos tres días al año. En esos tres días, mi hermana colaboraba además con mi intenso deseo de ser mayor —yo apenas podía esperar para salir de una infancia vulnerable— y me pintaba los labios con una carmín muy fuerte y me ponía también colorete. Entonces me sentía bonita y femenina, escapaba de la niñez.

Pero hubo un carnaval diferente de los demás. Tan milagroso que yo no podía creer que me hubiese sido dado, a mí, que ya había aprendido a pedir poco. Sucedió que la madre de una amiga mía había decidido disfrazar a su hija y el nombre del disfraz en el figurín era *rosa*. Para eso había comprado hojas y hojas de papel crepé color rosa con las que, supongo, pretendía imitar los pétalos de una flor. Boquiabierta, yo contemplaba cómo el disfraz iba creándose y tomando forma. Aunque el papel crepé no se pareciese ni de lejos a los pétalos yo pensaba seriamente que era uno de los disfraces más bellos que había visto.

Entonces sucedió, por casualidad, lo inesperado: sobró papel crepé, y mucho. Y la madre de mi amiga —tal vez atendiendo a mi muda petición, a mi muda desesperación de pura envidia, o tal vez por pura bondad, ya que había sobrado papel— decidió hacer también para mí un disfraz de *rosa* con el material restante. En aquel carnaval, pues, por primera vez en mi vida yo tendría lo que siempre había deseado: ser otra, diferente de mí misma.

Hasta los preparativos me aturdían de felicidad. Nunca me había sentido tan ocupada. Minuciosamente, mi amiga y yo lo

calculábamos todo: debajo del disfraz llevaríamos combinación, porque si llovía y el disfraz se derretía al menos estaríamos casi vestidas —ante la idea de una lluvia que de repente nos dejase, con nuestro pudor femenino de los ocho años, en combinación en plena calle, nos moríamos de vergüenza—, pero, ¡ah!, ¡Dios nos ayudaría!, ¡no llovería! En cuanto al hecho de que mi disfraz existía solo gracias a las sobras de otro, me tragué con algún dolor mi orgullo, que siempre fue feroz, y acepté humilde lo que el destino me daba como una limosna.

Pero, ¿por qué exactamente aquel carnaval, el único con disfraz, tuvo que ser tan melancólico? La mañana del domingo, temprano, ya tenía los rulos en el pelo para que cogiese bien el rizo por la tarde. Pero los minutos no pasaban de tanta ansiedad. ¡Por fin, por fin! Llegaron las tres de la tarde, con cuidado, para no romper el papel, me vestí de *rosa*.

Muchas cosas peores que aquella me han sucedido, ya las he perdonado. Sin embargo esa no la puedo entender ni siquiera ahora: ¿el juego de dados de un *destino* es irracional? Es inmiscororde. Cuando ya estaba vestida de papel crepé bien tieso, todavía con los rulos y aún sin barra de labios y colorete, mi madre empeoró súbitamente, en casa se creó un alboroto repentino y me mandaron a toda prisa a comprar una medicina a la farmacia. Fui corriendo vestida de *rosa* —pero el rostro aún desnudo no tenía la máscara de joven que cubriría mi tan expuesta vida infantil—, fui corriendo, corriendo, perpleja, atónita, entre serpentinatas, confeti y gritos de carnaval. La alegría de los otros me asombraba.

Cuando horas después se calmó el ambiente en casa, mi hermana me peinó y me maquilló. Pero algo había muerto en mí. Y, como en las historias que había leído sobre hadas que encantaban y desencantaban a la gente, yo había sido desencantada; ya no era una rosa, era otra vez una simple niña. Bajé a la calle y allí de pie yo no era una flor, era un payaso pensativo con los labios rojos. A veces, con mi hambre de éxtasis, empezaba a alegrarme pero con un remordimiento me acordaba del grave estado de mi madre y moría otra vez.

Solo horas después llegó la salvación. Y si me agarré a ella tan deprisa es porque me hacía mucha falta salvarme. Un niño

de unos 12 años, lo que para mí significaba un chico, un niño muy guapo, se paró ante mí, y con una mezcla de cariño, grosería, broma y sensualidad, cubrió mi pelo, ya liso, de confeti. Durante un instante nos miramos, frente a frente, sonriendo, sin hablar. Y entonces yo, mujercita de 8 años, consideré durante todo el resto de la noche que alguien me había reconocido: yo era, sí, una rosa.

Cien años de perdón

Quien nunca haya robado no me va a entender. Y quien nunca haya robado rosas, entonces seguro que no me va a entender. Yo, de pequeña, robaba rosas.

Había en Recife innumerables calles, las calles de los ricos, flanqueadas por palacetes que estaban en el centro de grandes jardines. Una amiga mía y yo jugábamos a decidir de quién eran los palacetes. «Aquel blanco es mío». «No, ya te he dicho que los blancos son míos». «Pero ese no es totalmente blanco, tiene las ventanas verdes». A veces nos parábamos mucho rato, la cara metida entre las rejas, mirando.

Empezó así. En uno de esos juegos de «esa casa es mía», nos paramos ante una que parecía un pequeño castillo. Al fondo se veía el inmenso jardín de árboles frutales. Y delante, en parterres bien cuidados, estaban plantadas las flores.

Clara, pero aislada en su parterre, había una rosa apenas entreabierta de un color rosa vivo. Me quedé embobada, mirando con admiración aquella rosa altanera que aún no era adulta. Y entonces sucedió: desde lo más profundo de mi corazón yo quería aquella rosa para mí. La quería, ah, cómo la quería. Y no había manera de obtenerla. Si el jardinero estuviese por allí, le pediría la rosa, aún sabiendo que nos expulsaría como se expulsa a los críos. No había ningún jardinero a la vista, nadie. Y las ventanas, a causa del sol, tenían las persianas cerradas. Era una calle por la que no pasaba ningún tranvía y raro era el coche que aparecía. En medio de mi silencio y del silencio de la rosa estaba mi deseo de poseerla como algo solo mío. Yo quería cogerla.

Quería olerla hasta que se me nublara la vista de tanto aspirar su perfume.

Entonces no pude más. El plan se formó instantáneamente, lleno de pasión. Pero, como buena organizadora que era, razoné fríamente con mi amiga, explicándole cuál sería su papel: vigilar las ventanas de la casa o la llegada aún posible del jardinero, vigilar a los pocos transeúntes de la calle. Mientras tanto entreabrí lentamente la cancela de rejas un poco oxidadas, contando ya con su leve chirrido. La entreabrí solo lo suficiente para que mi delgado cuerpo de niña pudiese pasar. Y con cuidado pero veloz anduve sobre los guijarros que rodeaban los parterres. Hasta llegar a la rosa pasó un siglo con el corazón desbocado.

Al final ante ella. Pero un instante, peligrosamente, porque de cerca aún es más bonita. Finalmente empiezo a romper el tallo, arañándome con las espinas, lamiéndome la sangre de los dedos.

Y de repente estaba toda en mi mano. La carrera de vuelta a la cancela tenía que hacerse también sin ruido. La crucé sujetando la rosa. Y entonces, las dos pálidas, la rosa y yo, corrimos lejos de la casa.

¿Qué hacía yo con la rosa? Solo eso: era mía.

Me la llevé a casa, la coloqué en un vaso de agua donde parecía reinar, con sus pétalos gruesos y aterciopelados, con varios tonos de rosa de té. En su interior el color se concentraba más y su centro casi parecía rojo.

Fue tan bueno.

Fue tan bueno que simplemente empecé a robar rosas. El proceso era siempre el mismo: la niña vigilaba, yo entraba, rompía el tallo y huía con la rosa en la mano. Siempre con el corazón latiendo y siempre con aquella gloria que nadie me podría quitar.

También robaba pitangas. Había una iglesia presbiteriana cerca de casa, rodeada por un seto verde, alto y tan denso que imposibilitaba la visión de la iglesia. Nunca llegué a verla, más allá de la punta del tejado. El seto era de pitanguero. Pero las pitangas son unas frutas que se esconden: no se veía ninguna. Entonces, mirando antes hacia los lados para ver si venía alguien, metía la mano por entre las rejas, las sumergía en el seto y empezaba a palpar hasta que mis dedos sentían la humedad

de la fruta. Muchas veces, con las prisas, aplastaba una pitanga demasiado madura con los dedos, que quedaban como ensangrentados. Cogía varias, algunas, demasiado verdes, las tiraba, y me las comía allí mismo.

Nunca lo supo nadie. No me arrepiento: ladrón de rosas y de pitangas tiene cien años de perdón. Las pitangas, por ejemplo, piden que se las coja en vez de madurar y morir en la rama, vírgenes.

Miedo a la eternidad

Nunca olvidaré mi angustioso y dramático contacto con la eternidad.

Cuando era pequeña todavía no había probado los chicles y en Recife se hablaba poco de ellos. Yo ni siquiera sabía muy bien de qué tipo de caramelo o de bombón se trataba. El dinero que tenía tampoco llegaba para comprarlos: con ese mismo dinero podría conseguir un montón de caramelos.

Finalmente mi hermana reunió el dinero, los compró y al salir de casa para ir a la escuela me explicó:

—Ten cuidado de no perderlo, porque este caramelo nunca se acaba. Dura toda la vida.

—¿Cómo que no se acaba? —Me paré un momento en la calle, perpleja.

—No se acaba nunca; y vale ya.

Yo estaba atónita, me parecía que había sido transportada al reino de las historias de príncipes y de hadas. Cogí el pequeño chicle rosa que representaba el elixir del largo placer. Lo examiné, casi no podía creer en el milagro. Yo, que, como otros niños, a veces me sacaba de la boca un caramelo aún entero para chuparlo después. Y ahí estaba con aquella cosa de color rosa, con esa apariencia tan inocente, haciendo posible el mundo imposible que ya había empezado a sentir.

Con delicadeza acabé por meterme el chicle en la boca.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté, para no equivocarme en el ritual que seguramente había.

—Ahora chupa el chicle para ir notando el azúcar y cuando

se acabe empiezas a masticarlo. Y entonces sigues masticando toda la vida. A no ser que lo pierdas, yo ya he perdido varios.

¿Perder la eternidad? Nunca.

El azúcar del chicle era bueno, pero no muy bueno. Y, todavía perpleja, nos dirigíamos hacia la escuela.

—Se ha acabado el azúcar. ¿Y ahora qué?

—Ahora mastica para siempre.

Me asusté, no sabría decir por qué. Empecé a masticar y poco después tenía en la boca aquella cosa pegajosa de goma que no sabía a nada. Masticaba, masticaba. Pero me sentía decepcionada. En realidad no me gustaba nada el sabor. Y la ventaja de que fuese eterno me daba miedo, como el que se siente ante la idea de eternidad o de infinito.

No quise confesar que no estaba a la altura de la eternidad. Que solo me producía angustia. Mientras tanto masticaba obedientemente, sin parar.

Hasta que no aguanté más, y, al cruzar el portón de la escuela, me las arreglé para que el chicle masticado se cayera al suelo de arena.

—¡Mira qué me ha pasado! —dije con un fingido asombro y una fingida tristeza—. ¡Ahora ya no puedo masticar! ¡El chicle se ha acabado!

—Ya te dije —repitió mi hermana— que no se acaba nunca. Pero a veces los perdemos. Hasta de noche podemos ir masticando, pero para no tragárselo durante el sueño hay que pegarlo a la cama. No te pongas triste, un día te daré otro, y ese no lo perderás.

Yo estaba avergonzada ante la bondad de mi hermana, avergonzada de la mentira que le había soltado diciendo que el chicle se había caído de mi boca por casualidad.

Pero aliviada. Sin el peso de la eternidad sobre mí.

Los grandes castigos

El primer día de clase del Jardín de Infancia del Grupo Escolar João Barbalho, en la Rua Formosa de Recife conocí a Leopoldo.

Al día siguiente ya éramos los imposibles de la clase. Nos pasamos el año oyendo a la profesora gritar nuestros nombres; pero, no sé por qué, le gustábamos, a pesar del trabajo que le dábamos. Separó nuestros asientos en vano porque Leopoldo y yo hablábamos igual pero en voz alta, lo que empeoraba la disciplina de la clase. Después pasamos a primero de primaria. Y para la nueva profesora también éramos los dos alumnos imposibles. Sacábamos buenas notas menos en comportamiento.

Hasta que un día apareció en clase la imponente directora, que habló en voz baja con la profesora. Voy a decir ahora lo que pasó realmente antes de contar lo que realmente sentí. Se trataba tan solo de hacer una estadística del nivel intelectual de los niños del estado a través de un test. Pero los niños que, según la profesora, eran más *listos*, harían el test con los del curso superior, porque el de su propio curso sería demasiado fácil. Se trataba solo de eso.

Pero cuando se fue la directora, la profesora dijo: Leopoldo y Clarice van a hacer una especie de examen en el cuarto curso. Y tuve una de las grandes penas de mi vida. No nos explicó nada más. Pero la mención de nuestros dos nombres otra vez juntos me reveló que había llegado el momento del castigo divino. Yo, aunque alegre, era también muy llorona y empecé a sollozar bajito. Leopoldo inmediatamente se puso a consolarme, a explicar que no pasaba nada. Inútil: yo era la culpable nata, la que había nacido con el pecado mortal.

Y de repente ahí estábamos, en la clase de cuarto de primaria, con unos niños grandotes, una profesora desconocida y un aula desconocida. Mi pavor creció, las lágrimas corrían por mi cara, por el pecho. Nos sentaron a Leopoldo y a mí, uno al lado del otro. Distribuyeron hojas de papel impreso y la severa profesora dijo esta cosa incomprensible:

—Hasta que yo diga *jahora!* no miréis el papel. Solo podéis empezar a leer cuando yo lo diga. Y cuando diga *¡basta!* tenéis que parar en el punto en el que estéis.

Recibimos las hojas. Leopoldo tranquilo, yo con más miedo todavía. Además yo ni siquiera sabía qué era un examen, aún no había hecho ninguno. Y cuando ella dijo de repente *jahora!* mis sollozos sofocados aumentaron. Leopoldo —además de mi pa-

dre— fue mi primer protector masculino y lo hizo tan bien que consiguió que me pasara el resto de mi vida aceptando y queriendo la protección masculina. Leopoldo me mandó que me calmara, que leyera las preguntas y que contestara lo que supiese. Inútil: mi papel ya estaba empapado de lágrimas y, cuando intentaba leer, las lágrimas me nublaban la vista. No escribí una palabra, lloraba y sufría como sufrí más tarde y por otros motivos. Leopoldo, además de escribir, se ocupaba de mí.

Cuando la profesora gritó *¡basta!*, mis lágrimas aún no bastaban. Me llamó, yo no le conté nada, me explicó con severidad que los niños más listos de cada clase etc. Solo lo entendí días después, cuando me recuperé. Nunca supe el resultado del test, creo que no estaba pensado para que lo supiéramos.

En tercero de primaria cambié de escuela. Y en el examen de admisión al Ginásio Pernambucano, al entrar, volví a encontrarme con Leopoldo y fue como si nunca nos hubiéramos separado. Él siguió protegiéndome. Recuerdo que una vez usé una palabra vulgar cualquiera, cuyo sentido malicioso yo ignoraba. Y Leopoldo: «No vuelvas a decir esa palabra». «¿Por qué?». «Más tarde lo entenderás», me dijo.

En el tercer año de secundaria mi familia se mudó a Río. Solo volví a ver a Leopoldo una vez en mi vida, por casualidad, en la calle, ya adultos. Ahora éramos dos tímidos que viajaban en el mismo vehículo casi sin pronunciar una palabra. Éramos imposibles de otra manera.

Leopoldo es Leopoldo Nachbin¹. Supe que en su primer año de ingeniería resolvió uno de los teoremas considerados insolubles desde la más remota Antigüedad. Y que en seguida fue llamado para explicar el proceso en la Sorbona. Es hoy uno de los mayores matemáticos del mundo.

En cuanto a mí, lloro menos.

¹ Leopoldo Nachbin (1922-1993), matemático brasileño. Uno de los fundadores del Instituto Nacional de Matemática Pura e Aplicada (IMPA). (*Todas las notas son de la traductora.*)